

EL CREDO.

ARTICULO III.

Parvuli sunt etiam philosophi,
nisi a Christo viri fiant.
Los filósofos serán siempre niños,
si Jesucristo no los hace
hombres.
Clemens. Alex. L. 6 I^o Strom.

Las reflexiones generales y gravísimas que hemos emitido hasta aquí sobre la moral que enseña el padre Ripalda, han puesto en claro, así nos lo parece, el hecho de que ella reconoce, como fundamento, un principio cierto que la antigüedad no pudo vislumbrar siquiera y que el racionalismo moderno aunque le vé, pues no puede aislarse ni sustraerse á la corriente benéfica que todo lo anima y vivifica, no le confiesa, sino que trata de esterilizarle, estrechando los inmensos espacios que abarca, ó bien desnaturalizando sus consecuencias. Así considerada su moral, se lleva la ventaja sobre todos los sistemas que se han inventado para explicar la necesidad que los hombres tienen de obrar precisamente en un sentido, aunque sus inclinaciones los arrastren á otra parte; y esto solo bastaría para darla la preferencia.

Cuando un conjunto es bello, hay que esperar orden, proporcion y belleza relativa en todas las partes que le componen; una vez que por más que se acumularan monstruos, jamás podría producirse el efecto de un hermoso cuadro.

La moral será sin duda lo que son los principios que la sirvan de base. Altos, sublimes y luminosos éstos; alta sublime y luminosa aquella.

Sobre cimientos de oro no se puede levantar un edificio de paja. Las leyes del buen gusto arquitectónico harían suponer que lo demás estaba formado cuando ménos de piedras preciosas. Tal sucede con la moral de que tratamos: oro son sus principios fundamentales, piedras preciosas las leyes todas de su código.

Con el fin de que esto se palpara, deseáramos examinar el catecismo cristiano, palabra por palabra; pero en la imposibilidad de hacerlo, y habiendo ofrecido que descenderíamos á puntos de pormenor, nos proponemos ahora decir algo de lo mucho que puede decirse sobre las varias partes que contiene, comenzando por la primera.

Antes de lo que debemos obrar, el padre Ripalda habla de lo que debemos creer; y esto no sin intencion, ni al acaso, sino porque ese orden es el rigurosamente filosófico. La razon del precepto, ántes que el precepto: el dogma, ántes que la moral.

Se quiere que el hombre obre de tal ó cual modo, que camine en esta ó aquella direccion; es fuerza inspirarle fe en la eficacia de la accion que se le exige, y más, si esta importa un sacrificio, sea cual fuere, de toda ó parte de su libertad. La fe humana, ya no digamos la divina que reducida á un grano de mostaza es capaz de trasladar de un lugar á otro, montañas gigantes, obra en quien la tiene cosas que parecen prodigios. Los treinta mil griegos no hubieran seguido á Alejandro, ni éste conquistado el mundo, si aquellos no hubieran tenido confianza en su Caudillo, y si el disci-

pulo de Aristóteles no hubiera abrigado una fe ciega en el buen éxito de sus atrevidas empresas. Si Colon no hubiera creído, el Nuevo Mundo permanecería oculto entre las ondas del Océano. Si Cortés hubiera dudado, habría quedado sepultado con la escasa falange de los suyos bajo las flechas de nuestros abuelos.

Los mismos enemigos de la fe en Dios, todos los días nos encarecen y ponderan la fe en el porvenir y en las conquistas de la razón. La fe está en la misma naturaleza de las cosas. No hay fenómeno interno ni externo, individual ni social que no lo demuestre. Si se quiere aniquilar la fe, comiencese por donde debe comenzarse, por el aniquilamiento de la especie humana, de la que es una necesidad, una condición de existencia y desarrollo.

Entre el dogma y la moral hay un lazo de unión imposible de romperse, y un parentesco tan cercano que por fuerza tienen que vivir unidos. El dogma es el por qué de la moral: el dogma es el principio, la moral su aplicación. Se encuentran entre sí como la causa y el efecto, como la teoría respecto de la práctica. Son eslabones de una misma cadena, solo que el primero, el dogma, no puede ser visto por los ojos, en razón de que está á una altura á que no llega el alcance de la visión, y el otro, la moral, está dentro de nosotros mismos.

Pueden compararse con propiedad: la moral, al río que corre por los campos, alegrándolos y llenándolos de vida, fecundando el germen de las plantas y presidiendo á su desenvolvimiento, refrescando las raíces de los árboles y acreciendo la savia que los nutre y que los conserva; y el dogma al manantial de que nace aquel

río, manantial oculto entre zarzas y malezas, y tal vez en el seno de las montañas, manantial que no vemos ni podemos ver; pero de cuya existencia estamos tan plenamente convencidos, como lo estamos del río, cuyo curso contemplamos, cuyos rumores oímos y cuyas aguas gustamos y bebemos.

El sistema de moral que comienza por la exposición del dogma, es un sistema que supone un profundo conocimiento del hombre y su naturaleza, tales cuales se hallan constituidos. ¿Qué importa que la inteligencia, limitada como es, no pueda penetrar rectamente en el fondo ni darse cuenta de cómo pueden ser los principios cuya creencia se le impone? El que no los comprenda ni pueda comprender, nada arguye contra su verdad. Por el conocimiento de lo conocido se llega al conocimiento de lo desconocido. La filosofía en sus investigaciones no hace ni puede hacer otra cosa. Si intentara conocer lo desconocido directamente, sin valerse de lo conocido, se empeñaría en un imposible. De lo visible nos elevamos á lo invisible, subiendo por la inmensa escala de sus relaciones necesarias. Así el humo que vemos nos induce á creer en la realidad del fuego que no podemos ver. Las cosas criadas son el argumento más luminoso de la existencia del Criador.

La necesidad de la moral que, gracias al cristianismo, conocemos, prueba la necesidad del dogma, cuya verdad altamente misteriosa no podemos comprender. Y de tal manera la prueba, que la existencia de la una sin la existencia del otro sería inexplicable. De suerte que, á quienes no aceptan el dogma, y sin embargo no se atreven á sacudir el yugo de la moral cristiana, á la que para evadirse de la nota de inconsecuentes, apelli-

dan *universal*, se les puede coger en el lazo que ellos mismos se tienden, y obligarlos, ó á negar toda moral, ó á confesar y reconocer el dogma. Pero ya tocáremos este argumento en el lugar que le corresponde.

Mas se dice que *la soberanía individual rechaza los dogmas, porque todo dogma es una voluntad ajena y toda soberanía quiere ser independiente.*¹ Ya se ha visto cómo la naturaleza del hombre en lugar de inspirarle aversión por los dogmas, le inclina á ellos en todos los actos de la vida práctica. Por otra parte, todo dogma es una verdad y no se puede decir que es una *voluntad ajena*, sino en el sentido en que quien está sobre toda soberanía, le impone á los entendimientos como objeto, no de su investigación, sino de su creencia. Y vendríamos á parar en que *la soberanía individual*, rechaza la verdad solo porque *quiere* y no porque deba ser *independiente*, sin más que porque una *voluntad ajena* la ha elevado á la categoría de precepto. No se reflexiona, y debiera reflexionarse, que la soberanía es para ligar pero no para conocer. La soberanía mandará y no será mandada, impondrá la ley y no consentirá que se le imponga; pero nunca podrá arrogarse facultades ni prerrogativas propias de la inteligencia. Se puede rechazar tal cosa que se presenta como verdadera, porque sé es inteligente; pero jamás porque sé es soberano, así como se puede dar una ley porque se ejerce la soberanía, pero nunca solo porque se tiene entendimiento. La verdad ó falsedad de los dogmas, si se complican y mucho con los fueros de la inteligencia, son extrañas, enteramente extrañas á los pretendidos derechos de la so-

¹ *Federalista*, número 67.

beranía individual. Dígasenos, pues: rechazamos los dogmas porque la razón los repugna; pero no porque no place á la soberanía otorgarles el *exequatur*. En el primer caso discutiríamos y venceríamos tal vez: en el segundo, solo nos queda el derecho de protestar contra la intrusa soberanía. A una voluntad, otra voluntad; á una potencia otra potencia. ¿Pero, señores controversistas, es este el terreno de la filosofía? ¿No mas bien os habeis colocado, sin quererlo acaso, en el territorio de un autócrata? Pensadlo bien.

Por lo demas, el árbol se conoce por sus frutos; y fruto del dogma católico es la moral cristiana. Gustémosla, y si place á nuestro paladar, no derribemos el árbol, solo porque no podemos descubrir la clase de jugos que le alimentan y las saludables cualidades que encierra. «Si la inteligencia dice que es conveniente observar sus preceptos, nada importa que no esté en su alcance comprenderlos.»¹

Ya es tiempo de examinar si en esta parte del catecismo del padre Ripalda hay siquiera apariencias de inmoralidad. Para persuadir lo contrario bastaria recordar al autor de los *Bosquejos*, que el dogma se refiere á la creencia y no á la conducta: que tiene por objeto inmediato la verdad y no la virtud. Y aunque para nosotros los católicos ambas cosas deben caminar unidas, y lo están por sus relaciones necesarias, de hecho pueden encontrarse separadas la una de la otra. Con Montaigne reconocemos: *que el sello especial de nuestra verdad es nuestra virtud*; y vice versa, agregamos que el sello especial de nuestra virtud es nuestra verdad. Sin embargo,

¹ Rousseau. *Lettres écrites de la Montagne*, p. 30.

aunque difícil, no sería imposible dar con un hombre que obrase conforme con la moral, resistiendo someter su entendimiento á la fe en las verdades reveladas; así como habemos muchos creyentes que, reconociendo la bondad de la ley, la infringimos, observando una inconsecuente é irregular conducta. Creyendo se errará pero no se delinquirá. ¹

Concretémonos un poco mas. El credo es un resumen de las verdades fundamentales del cristianismo. Cada una de sus palabras es una luz: cada uno de sus conceptos un tesoro de verdades para los que buscan con humildad la verdadera sabiduría. En él aprendemos que hay un solo Dios todopoderoso, criador de todas las cosas, contra los politeístas, para quienes la primavera de sus huertos era un semillero de dioses.

¡O sanctas gentes quibus hæc nascuntur in hortis numina;

y contra Lucrecio y Epicuro que daban el atributo de la eternidad á la materia nacida con el tiempo. En él se nos enseña que pecamos, explicándose con este solo hecho, el origen de nuestra miseria, y el por qué de los sacrificios con que siempre se ha creído aplacar la Divinidad; que fuimos creados libres y de una naturaleza superior á los cuerpos, contra los que solo quieren ver en el hombre una máquina dispuesta de un admirable modo y trabajada con el esmero mas exquisito; que fuimos redimidos por un Dios dándonosos á entender así lo mucho que vale la humanidad, pues se necesitó, para rescatarla, de una sangre divina, sangre de

¹ Los católicos, creyendo jamas erraríamos; y no creyendo delinquiríamos. Este argumento, pues, se dirige contra los que opinan que la moral es una cosa independiente del dogma.

un valor y de un precio infinitos; que en el seno de la Iglesia todos somos miembros de un mismo cuerpo, unidos por los lazos de la caridad, y que una misma corriente de vida circula por nuestras venas; que somos inmortales; que resucitarémos; que se nos tomará cuenta de nuestras obras, las que serán premiadas, en los justos con una eternidad de purísimas delicias y en los pecadores, hasta el fin, con una infinidad de tormentos sin término. ¡Cuántas ideas de tan alta importancia fijadas! ¡cuántos problemas resueltos! ¡cuánta profundidad! ¡cuánta ciencia! ¡cuánta filosofía en tan cortos renglones!

«Para apreciar, dice un sabio catequista, lo que hay de sublime en la sencillez del símbolo católico, adviértase cómo traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo; adviértase además que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo y renovados con tan poca vergüenza por los filósofos modernos, y finalmente, que cada palabra es un rayo de luz que desvanece parte de las tinieblas en que la razon estaba envuelta desde el pecado original, y la reunion de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del dia.» ¹

Esta es la verdad. Al símbolo cristiano se debe el que la humanidad se haya despojado de las mantillas de cuarenta siglos, y que hubiera puéstose en pié y dado los primeros pasos, para poder en seguida emprender esa luminosa carrera de conquista en conquista, de per-

¹ Gaume. Catecismo de Perseverancia.

feccion en perfeccion y de progreso en progreso. Obsérvese la fisonomía de las sociedades modernas, y se verá que los rasgos mas hermosos y los mas artísticos lineamientos que las distinguen de las antiguas, han sido trazados conforme á los principios de esa nueva ciencia, conforme á las reglas de ese nuevo arte. La antigua fealdad moral ha ido desapareciendo poco á poco en fuerza de la contemplacion de esa belleza ideal, inexplicable y misteriosa; pero no por eso ménos real y positiva.

Y cuando está es la verdad, no comprendemos los cargos que se formulan, ni las *tremendas responsabilidades* que se hacen pesar sobre el padre Ripalda, solo porque comenzó su catecismo con esa doctrina que veía, encarnada, por decirlo así, en todo lo grande, lo maravilloso y respetable que le rodeaba, esa doctrina que no pudo ser creacion del hombre; pero cuya sola creencia basta para engrandecerle.

En efecto, caso de creerse *inmoral* esa doctrina, levántese el grito contra su verdadero autor, si se quiere parecer justo. Es necesario no acometer al débil cuando el fuerte es el que provoca nuestras iras.

El credo del padre Ripalda, no es mas que el símbolo de fe que los Apóstoles formularon, para reconocerse en donde quiera que se encontrasen, el día en que con el fin de llenar la mision divina que se les habia confiado, resolvieron extenderse por todo el mundo. Una tradicion constante y universal se los atribuye; tradicion que confirma el hecho históricamente cierto de que el símbolo fué conocido y aceptado por la Iglesia desde los primeros siglos.

Todavía mas: ni los mismos Apóstoles deben respon-

der, sino que debe llamarse ante el tribunal de la razon humana, á Jesucristo y al mismo Dios, pues las verdades del símbolo están consignadas en las Escrituras del Nuevo y del Antiguo Testamento; y todo el trabajo de los Apóstoles, consistió en reunir los preceptos mas necesarios para la salud del hombre, dispersos en varios lugares, encerrarlos bajo una fórmula sencilla que pudiese mas fácilmente encargarse á la memoria de los creyentes. ¹ Tal vez sin esto hubiera sido mas ardua la nueva enseñanza, madre de la civilizacion y de la ciencia, con que la filosofia moderna, nuevo grajo de la fábula, se pretende ahora engalanar.

Jesucristo, Dios, ó los Evangelios cuando ménos, no el padre Ripalda, deben ser el objeto de tanta saña. ¿Por qué entónces cebar en este último, que no tuvo sino la *desgracia* de creer en la palabra del Altísimo, enconos tan profundos? ¿Cuál es el secreto de este modo de conducirse? ¿Cuál el oculto fin de tan extraña tácti-

¹ Ponemos aqui los varios artículos del Credo, y los textos relativos de las Escrituras, en comprobacion de lo que acabamos de asentar.

1. ° Creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.

Deut. XXXII. 6. Gén. I. 1.

2. ° Y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.

S. Lúc. I. 31. 32.

3. ° Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

S. Lúc. I. 35.

4. ° Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado.

S. Lúc. XXIII.

Estos hechos históricos, además constan por el testimonio de los historiadores profanos.

Tácito. Annal. Lib. XV. Apol. c. 21.

5. ° Descendió á los infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.

S. Mateo. XII. 40.

S. Lúc. XXIII. 43. XXIV. 6.

ca? Cosa fácil es dar con el secreto, sencilla cosa es adivinar el fin. Se desea descatalogar poco á poco, y se empieza por desconceptuar la doctrina católica, atribuyéndola á los hombres. Sendas tenebrosas deben de seguir por fuerza los que quieren arrastrarnos á un abismo de tinieblas.

Si fueran francos y dijeran: «la doctrina de Jesucristo, de Dios, consignada en los Evangelios, es una doctrina retrógrada, es una doctrina inmoral,» no alcanzarían su fin: ellos mismos se obstruirían el camino y le erizarían de obstáculos insalvables. La cuna sería el sepulcro de su propaganda. Diez y nueve siglos se levantarían y confundirían á los temerarios y aplastarían á los insensatos. La civilización, armada de vengadores rayos les haría bajar la cabeza y ocultarla en el polvo, y una rechifla universal haría brotar á su rostro todos los colores de la vergüenza.

Esto, por lo que mira á ellos, los maestros; por lo que mira á los discípulos que tomaran sus lecciones, al

6.º Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

S. Lúc. XXIV. 51. 2. Ephes. L. 20. 22.

7.º Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

S. Mateo. XXV. 30. 31. 32.

8.º Creo en el Espíritu Santo.

S. Mateo. XXVIII. 19. I. S. Juan. V. 7.

9.º La santa Iglesia católica, la comunión de los santos.

S. Mateo. XVI. 18. Ep. ad. Rom. XII. 4. 5.

10.º El perdón de los pecados.

S. Mateo. XVI. 19. S. Juan. XX. 22. 23.

11.º La resurrección de la carne.

S. Juan. V. 28. 29. I. Cor. 15. 51.

12.º Y la vida perdurable.

S. Mateo. XXV. 46.

Advertimos, que sobre cada uno de los artículos, no solo un texto pudiera citarse, pues abundan en las Escrituras, principalmente en los Evangelios y en las Epístolas; pero los citados bastan para la demostración.

escucharlas por primera vez, sus escuelas quedarían desiertas y no responderían á su voz mas que los ecos de los muros del nuevo Peripato. No serían oídos ni creídos, sino mirados con desconfianza y con desden; y su *grande obra* vendría á dar testimonio de su grande impotencia y de su nada.

Todo esto y mas acontecería: tan difícil es al hombre poner la mano, allí donde Dios ha puesto su dedo omnipotente: tan peligroso es derribar el edificio construido por Jesucristo; y tan temerario hablar de moral despues que de moral ha hablado el Evangelio.

Los filósofos que quieran merecer bien de la humanidad, es preciso que combatan hoy bajo la bandera católica y que proclamen en voz alta las sublimes verdades del símbolo cristiano. Con Jesucristo, si quieren ser *hombres*; contra Jesucristo, si desean ser eternamente *niños*.